

DIARIO DE UNA LOCA: LA ESCRITURA COMO TRANSGRESIÓN

Alma López Vale

FPI-UNED, UNED

1. INTRODUCCIÓN

La histeria fue una de las principales causas de locura durante el siglo XIX. La histeria –femenina-, una represión sufrida por las mujeres fue conocida con diferentes nombres –histeria, postración nerviosa, neurastenia,... Fue un síntoma no de aquellas – muchas– que la padecían, sino de su época. La mujer decimonónica y, más concretamente, la mujer victoriana representa el culmen de la dominación masculina sobre una construcción de la feminidad insoportable. La exagerada domesticación de las mujeres trajo consigo su rebelión.

Sin embargo, antes de que esta paulatina liberación de las mujeres pudiese comenzar, la humanidad –entiéndase, los hombres- dibujó la historia de una represión. Tan profundo grabó sus trazos, que todavía hoy, más de un siglo después de que se iniciasen las modificaciones encaminadas a borrar sus huellas, la desigualdad sigue presente.

En este trabajo pretendemos mostrar cómo las mujeres han luchado por borrar esas desigualdades que las oprimían. Para ello ha hecho falta un largo camino, representado en muchas ocasiones por personajes icónicos del feminismo. Gracias a los ejemplos de mujeres como Charlotte Perkins Gillman o Betty Friedan se ha avanzado en igualdad, pero queda un largo sendero por recorrer. Lejos de pretender desmerecer su legado o establecer odiosas comparaciones, entre nuestros objetivos nos hemos marcado uno más modesto: el hacer ver cómo otras mujeres menos visibilizadas también han contribuido con su grano de arena. Este es el caso de Alice James, quién si bien no supuso un gran cambio para el devenir de las mujeres, sí realizó su propio acto de transgresión.

Alice James fue una “loca”, una “inválida”, cuya escritura es el hito más sobresaliente de una vida de transgresión –invertida, desde dentro– contra esa opresión. Su ejemplo no es un caso aislado, sino que representa un colectivo de mujeres que durante el siglo XIX utilizaron la única arma que tenían a su alcance: la enfermedad. Tenemos la suerte de que nos ha regalado una parte de sí misma, de su modo de pensar y de sentir, plasmados en su *Diario*.

Comenzando por contextualizar históricamente la histeria y su desarrollo, pasaremos a apuntar la situación de la época de Alice: segunda mitad del siglo XIX. Siendo un

siglo de profunda convulsión en pro de los derechos humanos -al menos de una parte, la proletaria, de la humanidad- la represión de las mujeres, como de otros colectivos, fue quizás más férrea que nunca. Como ejemplo de esta opresión, pero también de la nueva y creciente actitud de defensa de su libertad por parte de las mujeres, veremos el caso de Alice James. Su pasividad ante la vida que otros eligieron para ella chocó con su fuerte personalidad, dando como resultado su invalidez. Su bello y crítico texto, su *Diario*, no fue aceptado por sus tolerantes hermanos. Para finalizar, sacaremos algunas reflexiones acerca de lo que enseña mujer como Alice y cuánto trabajo está todavía pendiente. Lamentablemente, más de lo que parece.

El siglo XIX supone un cambio de rumbo en muchos aspectos. Uno de ellos que, pese a sus hondas implicaciones, no suele ser tomado demasiado en serio fue la revolución femenina. No obstante, a poco que echemos la vista atrás y pese a los intentos de ocultación, en todas las épocas hubo voces disonantes. Durante siglos las mujeres estuvieron reprimidas, obteniendo aquellas que osaban transgredir las normas los más diversos y horribles castigos.

2. UNA ÉPOCA HISTÉRICA

El patriarcado contó –y cuenta- con las más diversas herramientas para mantener sometido a un colectivo tan “genérico” como las mujeres. Uno de los más eficaces instrumentos fue una patología: la histeria.

El surgimiento de esta patología se remonta a, al menos, el antiguo Egipto. Se tiene constancia documental ya en torno al año 1900 a.C. en el *Kahun Papyrus*. El más importante de estas fuentes es, sin duda, “el mejor documento médico egipcio”, el *Papyrus Ebers*, en dónde se relaciona la histeria con el “hambre” del útero, pudiendo remediarse fumigando con olorosas sustancias el cuerpo “para causar que el útero de la mujer fuese a su sitio” (*Papyrus Ebers*: 1937, 108-109).

Durante su larga existencia tanto la enfermedad como su causa –el útero- recorrieron diversas partes del cuerpo, hasta llegar a ser un problema mental hacia el siglo XIX (Veith: 1965). El cambio se produjo debido a diferentes factores, entre los que encontramos el mayor conocimiento del cuerpo gracias a los estudios anatómicos emprendidos desde el Renacimiento ó el auge de la Razón, frente a la religión, desarrollado desde la ciencia como desde la filosofía. Estas nuevas características dieron

como resultado que el elemento humano más vulnerable fuese la mente y que ya no pudiese, además, sostenerse la histeria como patología corporal.

Además, con este auge de la Razón y la mente, se produce una desnaturalización del sexo, que vendrá a reforzar las diferencias de género establecidas. Mientras en la medicina griega el sexo era necesario y durante el medievo, siempre que fuese matrimonial, recomendable, desde la Modernidad va a suponer un gasto de energías que restan potencia a la Razón. Galeno, por ejemplo, pese a considerar que la mujer sin un hombre padecería esta enfermedad, “reconoce que esta enfermedad se produce sobre todo entre las viudas, y, sobre todo en aquellas que han sido regulares en su menstruación antes de su viudez, fértiles y receptivas y con ganas de sus maridos” (Galeno: 1997, 42). Es decir, el sexo es concebido como algo natural y necesario, aunque, advierte, no se deben confundir la función sexual, necesaria, y el erotismo, que resultaba innecesario y estaría prácticamente ausente (Garrison:1963).

Lo mismo ocurre durante la Época Medieval, durante la cual se ha de conjugar el idea de celibato y la necesidad de una procreación abundante que proporcionase los recursos que garantizaban el nivel de vida de los señores feudales y la Iglesia. La solución a esta cuestión pasa por restringir las relaciones sexuales al matrimonio, dentro del cual eran consideradas beneficiosas, naturales y necesarias. No obstante, si las mujeres se mostraban excesivamente lascivas, activas, o sabias, se las acusaba de brujería. Así, mientras que...

...la posesión por un demonio era un accidente y no un crimen. Cristo no había castigado a endemoniados, sino que los había curado por expulsión de los malos espíritus. Con la creencia en la brujería, sin embargo, se asumió que las brujas habían sido seducidas por el diablo o habían pactado con él: ellas se habían hecho infieles y su delito era la herejía. Como herejes no fueron tratadas, sino castigadas (Sigerist: 1943, 82-83).

La creencia en los castigos divinos o las posesiones demoníacas, sin embargo, fue progresivamente eliminada a partir de lo que se conoce como Revolución Científica. Los problemas divinos pasaron a ser problemas mentales (Turró: 1985, 37-38). Esta época es, también, la del nacimiento del Estado Moderno y, con él, la idea de Estado de Bienestar. ¿Bienestar para quién?, cabría preguntarse. Para los hombres, es más, para los hombres, occidentales, blancos y con un cierto nivel económico. Tal y como Pateman ha puesto brillantemente de manifiesto, en esta época, también, si hizo...

...hincapié en cómo las circunstancias personales están estructuradas por factores públicos, por leyes sobre la violación y el aborto, por el estatus de “esposa”, por políticas relativas al cuidado de las criaturas y por la asignación de subsidios propios del Estado de bienestar y por la división sexual del trabajo en el hogar y fuera de él. Por tanto, los problemas “personales” sólo se pueden resolver a través de medios y de acciones políticas (Pateman: 1996).

En el siglo XIX, por ejemplo, se creía que cada individuo poseía una cantidad de energía limitada para cada día, por lo que una mujer lasciva –es decir, sexualmente activa- era peligrosa. El culmen de esta represión sexual fue la época victoriana (Makari: 2012), durante la cual cualquier muestra de sentimientos era vista con desconfianza.

Uno de las características de esta época es común a la larga historia de represión de las mujeres a lo largo de los siglos: el confinamiento. El ostracismo social fue uno de los grandes impedimentos puestos a mujeres que ostentaron alguna función social más allá de los límites de su casa, como curanderas o matronas, por ejemplo. Los conocimientos reunidos por estas mujeres y la relativa independencia de la que muchas gozaban las llevó a ser consideradas peligrosas para el orden social establecido. Esta misma preocupación fue la despertada durante la Modernidad por todos aquellos “locos” y “anormales”, cuya función socialmente limítrofe fue la de mantener el orden social (Foucault, 2006) y la diferenciación entre lo “normal” y lo “patológico” (Canguilhem, 2005). Las mujeres rebeldes, poderosas, desviadas, se vuelven *una patología social*.

Unido a lo anterior y siendo la mujer tanto el foco de los males, como la mitad mentalmente débil de la humanidad, la histeria se convirtió en el mal de una época. Las histéricas no eran las mujeres, sino la sociedad en las que les tocó vivir (Montiel: 2006). Una cultura con un amplio abanico de nuevas posibilidades y desarrollo que, sin embargo, no les permitía a ellas realizar nada fuera del ámbito tradicional del hogar, el matrimonio y los hijos. “Lou” May Alcott relata cómo, a pesar de contar con el apoyo de alguien de la talla Emerson o Thoreau, se enfrentó a diversas dificultades y reticencias a que sus obras fuesen publicadas por el mero hecho de ser mujer (Feito: 2005). La autora de *Mujercitas* afirmó reiteradamente que “la libertad es el mejor marido” (Feito: 2005, 58), mientras que Alice James comprende que, en su época, “el matrimonio parece ser la única ocupación fructuosa para una mujer” (Feinstein, 1999: 278).

Incluso aquellas que pasaron a hacerse un pequeño hueco en la historia “masculina”, sufrieron las consecuencias. Tal es el celeberrimo caso de Charlotte Perkins Gillman,

cuyos costes psicológicos y personales de su independencia y rebeldía son notoriamente conocidos. Podemos poner, aún, otro ejemplo más sutil, pero igualmente significativo. En *Una mirada atrás*, Edith Wharton nos relata cómo, a pesar de haber tenido “suerte” con un matrimonio abierto e igualitario, sentía el rechazo social que generaba el ser una mujer culta, famosa e independiente (Wharton: 1997, 166).

Sin embargo, algunas otras mujeres fueron conocidas meramente por su vinculación con las histeria, la charlatanería y la desviación social que suponían. Con ello nos referimos a casos como los de las célebres médiums la vidente de Prevost, las hermanas Fox ó Mrs. Piper. Estas mujeres representaron un fenómeno social que pasa hoy desapercibido, lo que aumenta su asociación con la patología mental. Las visiones, creencias e investigaciones acerca de fantasmas estaban a la orden del día, siendo una característica fundamental en la sociedad decimonónica. Tales asociaciones que en la actualidad se presentan como fortuitas, están detrás del intento de ridiculización de aquellas mujeres que, mediante esas experiencias, lograban cierta fama y canalizaban su energía reprimida.

Pero existe todavía un tercer grupo de mujeres que han de ser consideradas, a saber: las olvidadas. Entre aquellas que no tuvieron posibilidad de ser visibles, de desarrollarse y ser autónomas, de enfrentarse al sistema imperante o que fueron silenciadas por él, encontramos un caso excepcional: Alice James. La erigimos aquí portavoz de este tercer grupo de histéricas olvidadas, pero también de mujeres ocultadas, silenciadas. Su excepcionalidad radica en dos hechos fundamentales: consiguió transgredir las normas impuestas, convirtiéndose por ello en una loca escritora –que no en una escritora loca- y su esfuerzo dio como resultado un maravilloso fruto, su *Diario*. Las enseñanzas vitales que en él plasmó son asombrosas, enriquecedoras y, sobre todo, bellas. Estudiemos su locura y su escritura.

3. A MODO DE EJEMPLO: ALICE JAMES

Alice James fue una histérica desde los diecinueve años de edad (James: 2003, 182). Su vida estuvo marcada por la inactividad, la postración y las pequeñas y contadas salidas al exterior (James: 2003, 69). Si bien es cierto que pudo disfrutar de un maravilloso viaje a Europa con su hermano Henry –el famoso novelista- y su amada tía Kate (Strouse: 2011, 155), esta aventura solo acrecentó el choque entre sus necesidades vitales, psicológicas, y sus posibilidades sociales y familiares (Strouse: 2011). Para

hacernos una idea, entre sus grandes aventuras se encuentran el haber pasado un verano montando a caballo en la finca familiar, actividad física inusual para la pequeña James.

Su infancia, marcada por la inestabilidad familiar debido a sus continuos viajes (Feinstein: 1987), fue sin embargo menos interesante que la de sus hermanos: Alice debía permanecer en casa mientras ellos iban a la escuela, salvo en breves periodos en los que pudo disfrutar de la asistencia al colegio. Ya desde pequeña desarrolló síntomas de esta dolencia tan habitual en su época, como ella misma relata:

Debido a alguna debilidad física, un exceso de sensibilidad nerviosa, la capacidad moral *se detiene*, como por un momento, y se niega a mantener su cordura muscular, agotada por el esfuerzo de sus funciones de vigilancia. Cuando me sentaba inmóvil leyendo en la biblioteca y repentinamente invadían mis músculos oleadas de violentas inclinaciones que adoptaban alguna de su mirada de formas como arrojarme por la ventana, o romperle la cabeza al benigno páter con sus guedejas plateadas, sentado a su mesa escribiendo, me parecía que la única diferencia entre yo y un loco era que yo no sólo sufría todos los horrores y sufrimientos de la locura sino que también se me imponían las obligaciones del doctor, la enfermera y la camisa de fuerza (James, 2003, 189)

Analizando la compleja historia familiar y tomando su caso con la perspectiva del contexto social en el que vivió estamos en disposición de apuntar la etiología de su dolencia. Entre las posibles causas, resaltan tres: la época, la familia y su disposición psicológica.

Por un lado, tal y como hemos visto, Alice vivió en una época de gran presencia de la histeria, identificada de diversos modos:

Los médicos encontraron toda una variedad de etiquetas para diagnosticar la ola de invalidez que atenazaba a la población femenina: “neurastenia”, “postración nerviosa”, “hiperestesia”, “insuficiencia cardíaca”, “dispepsia”, “reumatismo” e “histeria”. Entre los síntomas había dolor de cabeza, dolores musculares, debilidad, depresión, dificultades menstruales, indigestión, etc., y normalmente una debilidad general que exigía reposo constante (Ehrenreich: 2010, 148).

Esta diversidad de denominaciones constituye una muestra en sí misma de lo extensor del problema. Si bien, como en otras épocas, esta dolencia no solo fue sufrida por mujeres, la intensidad de su manifestación femenina y su mayor presencia en este colectivo, hace que pueda hablarse de una enfermedad *con tendencia de género*. Por ejemplo, su hermano William sufrió también problemas nerviosos y neurastenia (Feinstein: 1987, 122 y ss.), pero no le impidió desarrollar una carrera académica que lo llevaría a ser un reputado profesor en Harvard y presidente de la *American Psychological Association*.

En este sentido, entonces, Alice fue una más entre tantas mujeres histéricas, si bien su postración fue especialmente dura. La situación económica de la familia resulta determinante para este grado de invalidez. Como miembro de la burguesía y soltera, Alice solo hubo de realizar trabajos domésticos durante el breve lapso de tiempo en el que su madre estuvo demasiado enferma para encargarse de la casa (murió el 19 de enero de 1882 tras una breve enfermedad) y los pocos meses hasta la muerte de su padre (el dieciocho de diciembre de 1882). Durante este periodo –curiosamente- la pequeña James no mostró síntomas de su histeria. Sospechamos que su ocupación tuvo mucho que ver en esta ausencia.

El ambiente familiar fue otro factor determinante: mientras que sus hermanos gozaron de viajes, cultura y libertad, la pequeña de los cinco, Alice, permaneció en casa con muy pocas opciones. Su padre, Henry James Sr., místico swedenborgiano, fue profundamente misógino (Strouse, 2011: 45), hecho agravado en el caso de Alice por ser la más pequeña y única mujer de cinco hermanos. Ejemplo de ello es el episodio en que sufre un colapso nervioso tras serle denegado el permiso para visitar a una amiga durante dos días.

Sus opciones vitales fueron nulas, acrecentadas por una suerte de economía de recursos, energéticos y económicos- que debían ser distribuidos entre todos los miembros (Strouse, 2011: 111). William, en una carta a su amigo, escribe: "cómo te envidio tu caudal de energía. Yo dispongo de una cucharadita para cada día y cuando se termina, cosa que usualmente sucede a las diez de la mañana, no sirvo para nada" (Perry, 1935: 1: 373). Sus hermanos mayores, William y Henry, disfrutaron de la mayor parte de esos recursos, quedando para *la* genio de la familia, escasas opciones. Para Alice, tras haberle sido denegado el bautismo por sus padres, y el matrimonio por "hombres obtusos e insensibles" (James, 2003: 261) solo quedó lo que se ha denominado "su trabajo de inválida" (Yeazell, 1981: 4).

Su lección de vida, en todo caso, fue: "emplearme a fondo entre los 12 y los 24 años, «matarme», como alguien lo llama, absorbiendo hasta la médula que lo mejor es vestirse con tonos neutros, caminar junto a aguas serenas y poseer tu propia alma en silencio" (James, 2003: 129).

Esta necesidad de domesticación chocaba enormemente con el fuerte carácter de Alice. Tanto mediante la lectura de su correspondencia, como en referencia de otros miembros de la familia, la pequeña se mostraba enérgica, fuerte y terca, con un fuerte carácter, al que William terminó por referirse como "relámpago embotellado" (James,

2003, 60). La pequeña James no dudaba en responder de forma “descarada” a sus hermanos e incluso a su padre, quien habría tolerado “las exigencia de Alice de forma totalmente milagrosa”, en palabras de su madre (Edel: 2003, 27 y ss.).

Hubo, entonces, de aniquilar su fuerte personalidad, hasta convertirse en “esa jovencita ociosa e inútil a quién tendremos que alimentar y vestir” (Henry James, en Strouse, 2011: 83-84). Esta “muerte”, por suerte para nosotros, no se hizo totalmente efectiva, tanto literal como metafóricamente. Pese a haber reflexionado sobre el tema, nunca llegó –por suerte- a suicidarse. El suicidio, era propio de individuos débiles. Muestra Alice, de nuevo, su fortaleza.

En sentido metafórico, tampoco su “gran riqueza interior” se vio eliminada, sino que, tras años de silencio y postración, se decide a mostrar lo que ella misma denomina “el geiser de emociones y sensaciones” (James, 2003: 51) que la embargan, que habitan en el interior de «ese ser sumamente interesante, yo» (James, 2003: 51).

Su escritura, es, por tanto, la de una loca escritora que hubo de esperar a que su progenitor muriese para emprender una nueva etapa en Inglaterra y decidirse a plasmarla. Su *Diario* constituye una compleja obra en la que se vierten comentarios políticos, reflexiones sobre los usos y costumbres de británicos y americanos, cotilleos y, sobre todo, una vida.

En sus más de ... entradas, Alice muestra su intimidad, partes de sí misma, de sus sentimientos y razonamientos, tanto como de su enfermedad que resultan a la vez ilustrativas y aterradoras. El más impactante suceso relatado es la evolución de la enfermedad que la llevó a la tumba: un cáncer de pecho, breve y muy doloroso que la narradora tomó con un gran regalo vital (James, 2003: 250). Gracias a él pudo poner nombre a la enfermedad; gracias a él pudo ser considerada no una “loca”, una “inválida”, sino una enferma (James, 2003: 250); gracias a él y de modo más fuerte que nunca, pudo sentirse viva.

Alice trabajó en su única obra, su *Diario* hasta el mismo día de su muerte, corrigiendo cada frase, mimando cada idea, poniendo en él todas sus energías y conocimientos recogidos de una larga vida de cama y lectura.

Tras su fallecimiento -el seis de marzo de 1892- su amiga y compañera Katherine P. Loring envió un ejemplar a cada uno de sus hermanos con el fin de poder cumplir el último deseo de Alice: que su obra fuese publicada. ¿Qué pasó entonces? ¿Cómo reaccionaron sus afamados, cultos y progresistas hermanos? Se opusieron a publicarlo, incluso William, quién había votado a favor de la incorporación de las mujeres a su

universidad y se mostró progresista y defensor de los derechos humanos y de las mujeres durante toda su vida.

Esta diferencia es menos sorprendente, sin embargo, si consideramos la condescendencia con la que trató a su hermana. En una mezcla de humanidad y paternalismo, William le escribirá en sus últimos días de vida para que utilice toda la morfina o calmantes que pueda necesitar, pese a saber que su hermana es reacia a tales tratamientos (Edel: 2003, 38).

Ni que decir tiene que la respuesta de Alice a esta misiva fue la de una ejemplar mujer con una extraordinaria fuerza interior y resistencia moral –y, por tanto, corporal– que daba lecciones a su querido hermano mayor hasta en los últimos momentos de su vida (Yaezell: 1981, 247).

En cuanto a Henry, acostumbrado a la amistad con mujeres de la talla de Wharton, fue también contrario a la publicación del *Diario*. En su respuesta a Katherine Loring afirma haber quemado su ejemplar y recomienda hacer lo mismo con todos ellos, pues teme que su fama se vea comprometida por las íntimas consideraciones personales de su hermana. Si bien es cierto que en el *Diario* se recogían anécdotas familiares y cotilleos variados que podían resultar molestos a algunas personas, también lo es que hubiese sido posible eliminar los nombres y ciertas referencias, manteniendo con ello el deseo de la autora de que su obra fuese publicada.

Por una parte, Henry escribe que a William que no tuvo Alice no disfrutó de la posibilidad de dejar ver su extraordinaria energía, inteligente personalidad y aptitudes morales (Strouse, 2011: 319). Sin embargo, se opone a la publicación de la obra y quema su copia junto a correspondencia y otros documentos relacionados con su hermana. Si a esto añadimos, además, afirmaciones de Henry como: “simplificaba demasiado, encerrada en su enfermería, aplicaba su extraordinario vigor de juicio a un fragmento excesivamente pequeño de lo que realmente la rodeaba” (Edel, 2003: 42); la balanza se inclina nuevamente hacia el paternalismo o la vergüenza (Gordon: 1999, 251).

Lo público –la imagen de William y Henry en su sociedad y su paso a la posteridad– y lo privado –cómo gestionaban los asuntos familiares y el trato que dieron a su hermana– chocan. Debemos, entonces, ser cautos y analizar las cuestiones en profundidad. Solo así, yendo al fondo de los problemas, podremos acabar con ellos.

4. RECAPITULANDO... ¿QUÉ HEMOS APRENDIDO?

La histeria se ha declarado extinta a día de hoy. Sin embargo, buena parte de las actitudes que históricamente se han relacionado con esta enfermedad, perviven. Me refiero con ello al proceder de la sociedad con aquellas mujeres que van más allá de los cánones de normalidad establecidos. Todavía hoy, pese a disfrutar de una mayor libertad y derechos, las mujeres no deben sobresalir, ni personal ni laboralmente. El llamado techo de cristal continúa siendo una realidad reflejada en las diferencias salariales y el acceso a altos cargos. En el ámbito doméstico, por desgracia, aumenta la percepción masculina de poseer un objeto, debiendo dominarlo. Solo en España, el número de mujeres asesinadas a manos de sus maridos en los nueve primeros meses del año asciende a treinta y cuatro. Algo falla.

Por un lado, en nuestro breve recorrido hemos podido constatar cómo la histeria es un problema impuesto a la feminidad, un modo de marginalización, estigma y control social de las estructuras de poder dominante: las masculinas. En este sentido, resultan ilustrativos los estudios foucaultianos acerca de estos mecanismos de control social e higiene (Foucault: 1976; Foucault: 2012). Para el caso de Alice, al decir de su hermano Henry, “la trágica salud [de Alice] era, en cierto modo, la única solución que ella veía al problema práctico de su vida” (Edel, 2003: 30-31).

Pese a esta parca experiencia Alice resulta de lo más sugerente a día de hoy en varios aspectos: por un lado, muestra la lucha interna, pero también externa, pública a través de la escritura –tarea asociada a lo masculino–, de la redacción, además, de un diario que quería que fuese publicado, de una mujer con muy pocas posibilidades. Por otro, muestra esa sutil manera en la que el poder invalida, somete a las mujeres. Si bien en el caso de Alice y su tiempo no nos resulta tan sutil debida a nuestra visión retrospectiva, debemos pensar que en su época las mujeres comenzaban a tener posibilidades de desarrollo. Por tanto, quizás se sintiesen más liberadas que nunca, y así debía ser, pese al elevado grado de control al que estaban sometidas. Hoy, sostenemos, ocurre lo mismo: nos creemos libres, pero seguimos estando coartadas por una sociedad que continúa siendo fundamentalmente masculina en cuanto a las jerarquías de poder. Si quieres ser poderosa, adaptarte y estar bien considerada, o eres *como-un-hombre* en el terreno público o vives *como-una-mujer* en la intimidad del hogar. En caso contrario, la jerarquía de poder impide que llegues a escalar en ella mediante ese conocido “techo de cristal”.

Por tanto, autoras como Alice son representativas de una intención que no ha de ser menospreciada: la libertad de expresión y de *vivir* —en este caso mediante la alegría de morir (López Vale, 2014) más allá de los mandatos masculinos y las opciones que son brindadas a las mujeres. Además, su *Diario* constituye un gran instrumento para el conocimiento de la histeria, de cómo ésta se configuraba y qué implicaciones humanas traía aparejadas. Así, más allá de una banal teoría machista, su obra constituye un ejemplo desde dentro del propio problema, de cómo era vivido ser una histérica decimonónica. La viveza de sus descripciones es igualmente ilustrativa y sobrecogedora.

Además, Alice nos permite ir un paso más allá al hacernos conscientes de una reflexión que queda usualmente oculta: la pervivencia de la imagen de las *locas escritoras*: la asociación de que aquellas que se atrevían a escribir no eran mujeres *normales*, sino desviadas, patológicas (Canguilhem: 2005), *locas*. Esto, como hemos visto, pese a mostrar una madurez más allá de las divisiones de género que puedan ser establecidas, una verdadera “autor-mayoría de edad” en el sentido ilustrado (Kant, 2012).

El trabajo, sin embargo, está aún por hacer. Mediante el ejemplo de Alice hemos abierto una interesante vía de análisis que, sin duda, nos ayudará en nuestra tarea. Una tarea, recordémoslo, de todos y no solo de todas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amstrong, N., *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*, Madrid, Cátedra, 1991.
- Demóstenes, *Demosthenis oraciones*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, 122.
- Dupee, F. W., *Henry James*, London, Methuen, 1951.
- Edel, L., *Henry James*, 5 vols., Philadelphia, J. B. Lippincott Company, 1953-1972.
- Ehrenreich, B., *Por tu propio bien. 150 años de consejos expertos a mujeres*, Madrid, Capitán Swing Libros, 2010.
- Ehrenreich, B., *Una historia de la alegría*, Barcelona, Paidós, 2008.
- Feinstein, H. M., *Becoming William James*, USA, Cornell University Press, 1999.
- Fisher, P., *House of Wits: An Intimate Portrait of the James Family*, Henry Holt and Co., USA, 2008.

- Foucault, M., *Vigilar y castigar*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
- Foucault, M., *Enfermedad mental y personalidad*, Buenos Aires, Paidós, 1964.
- Foucault, M., *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Foucault, M., *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- Foucault, M., *Los Anormales*, México, FCE, 2006.
- Foucault, M., *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid, Alianza, 2007.
- Fowler, V. C., *Henry James's American Girl*, USA, The University of Wisconsin Press, 1984.
- Galeno, *De locis affectis*, Lib. VI, II, 39, trad. de M^a del Carmen García Sola, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997.
- Galeno, *On the Natural Faculties*, Cambridge, Harvard University Press, 1952.
- Galeno, *On the Usefulness of the Parts of the Body*, Ithaca, Cornell University Press, 1968.
- Garrison, F. H., *An Introduction to the history of medicine*, Philadelphia, W. B. Saunders Company, 1963.
- Hildegarda de Bingen, *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, Madrid, Siruela, 2009.
- Holly, C., *Intensely Family. The Inheritance of Family Shame and the Autobiographies of Henry James*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1995.
- James, A., *El diario de Alice James*, edición y estudio introductorio "Retrato de Alice James" de L. Edel, (1964), págs. 23-46, Valencia, Pre-Textos, 2003.
- Jantzen, G.: *Power, Gender, and Christian Mysticism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- Kant, I.: *¿Qué es Ilustración?*, Madrid, Taurus, 2012.
- Karras, R. M.: *Sexuality in Medieval Europe*, Londres, Routledge, 2005.
- Kramer, H., Sprenger, J., *Malleus maleficarum: el martillo de los brujos (1484)*, Londres, Pushkin Press, 1951.
- Laqueur, T., *La construcción del sexo*, Cátedra, Madrid, 1994.
- Le Doeuff, M., *El estudio y la rueca*, Madrid, Cátedra, 1993.
- López Vale, A., "La muerte seductora: el idea ético-estético de Alice James", *Dossiers Feministes*, 2014, págs. 21-33.
- Mackay, C., *Memoirs of extraordinary Popular Delusions*, London, Richard Bentley, 1841.

- Mathiessen, F. O., *The James Family. A Group Biography*, New York, The Overlook Press, 2008.
- Mathieu, N-C., *L'anatomie politique. Catégorisations et idéologies du sexe*, Paris, Côté-femmes, 1991.
- Mitre, E., *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1998
- Mommsem, T., *Historia de Roma*, Madrid, Turner, 1983-1988, (5Vols.).
- Moore, R. I., *The Formation of a Persecuting Society*, Oxford, Blackwell, 1987.
- S.A., *The Papyrus Ebers, the Greatest Egyptian Medical Document*, trad. B. Ebbell, Copenhagen, Levin y Munksgaard, 1937.
- S.A., *Tratados Hipocráticos*, Madrid, Gredos, 2003.
- Sánchez Ortega, M. H., *La mujer y la sexualidad en el Antiguo Régimen. La perspectiva inquisitorial*, Madrid, Akal, 1992.
- Segura i Soriano, I., “La literatura de mujeres como fuente de documentación para la recuperación de la experiencia histórica de las mujeres”, VVAA, *Literatura y vida cotidiana*, Zaragoza, Universidad Autónoma de Madrid Ed., 1987.
- Sigerist, H. E., *Civilization and Disease*, Chicago, University of Chicago Press, 1943.
- Skinner, M. B., *Sexuality in Greek and Roman Culture*, Massachusetts, Malden, 2005.
- Strouse, J. *Alice James, A biography*, New York, New York Review Book, 2011.
- Veith, I., *Hysteria*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1965.
- Warren, A., *The Elder Henry James*, New York, Macmillan, 1934
- Wharton, E., *Una mirada atrás*, Barcelona, Ediciones B., 1997.
- Yeazell, R. B. (ed), *Death and Letters of Alice James*, Berkeley, University of California Press, CA, 1981.
- Turró, S., *Descartes. Del hermetismo a la nueva ciencia*, Barcelona, Anthropos, 1985.
- Simon, B., *Mind and Madness in Ancient Greek*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1978.
- Montiel, L., “Síntomas de una época: magnetismo, histeria y espiritismo en la Alemania romántica”, *Asclepio* LVIII (2), 2006, pp. 11-38.
- Pickren, W., Rutherford, A., *A History of Modern Psychology in Context*, USA, Wiley, 2010.
- Goffman, E., *Estigma: la identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- Foucault, M., *Los Anormales*, México, FCE, 2006.
- Canguilhem, G., *Lo normal y lo patológico*, México D.F., Siglo XXI, 2005.
- Blum, D., *Ghosts Hunters. William James and the Search for Scientific Proof of Life*

After Death, London, Penguin Books, 2007.

Scull, A. (ed.), *Madhouses, Mad-Doctors and Madmen: The Social History of Psychiatry in the Victorian Era*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1981.